Hablemos un poco de amor

Por Eugenio Llopart Coll

HAY en «El Mágico Prodigioso» de Calderón, una escena que une a su sentido moralizador un innegable efecto teatral: Cipriano, el galán que desesperado ante la virtud de su pasionalmente amada Justina no vacila en pactar con el diablo, ve por fin satisfechos sus deseos al recibir de su fatídico aliado aquella integérrima joven que le hiciera enloquecer de amor.

«Que por conseguirte nada
temo, nada dificulto,
el alma, Justina bella,
me cuestas, pero ya juzgo
siendo tan grande el empleo
que no ha sido el precio mucho»

Mas ha sido engañado pérfidamente, pues lo que recibe no es sino una figura con apariencia de su amada, y al ir a darle un abrazo,

«Mas ¡ay infeliz! ¿Qué veo?
¡Un yerto cadáver mudo
entre sus brazos me espera!»

Y es vano el contrato y vano el amor.

Hablemos de él un poco. Porque hay muchos que han venido a confundir ya, los términos más sabidos y como aquel amante creen que el amor es la conjuración de sus pasiones hacia un ser, es la aspiración insatisfecha que busca febrilmente calmar sus ímpetus. Mas esto es destruir el amor. Porque colmar, es un verbo de imposible realización en el orden espiritual y las pasiones, a la hora de la verdad, solo encuentran cadáveres.

Y esto es lo que ocurre Se va perdiendo el amor y se le confunde con la pasión. Sólo en este sentido se pueden entender aquellas palabras de Eugenio D'Ors

«Amor, amor cruenta antropofagia».

Porque es la pasión la que se come las energías hacia lo ideal, la que provoca las grandes desilusiones que desembocan en este nuestro ambiente (no nos atrevemos a decir doctrina) materialista de la vida. No hace mucho comentábase en un periódico que cierto escritor extranjero afirmaba, que, si bien hasta ahora el móvil de la humanidad había sido el amor, en adelante sería el petróleo. Creo que la sentencia no por falsa deja de ser un símbolo.

Revaloricemos el amor. Empleando lenguaje matemático diríamos que el amor se ha considerado como el primer término de una progresión geométrica decreciente, y la pasión en su último término y en verdad negativa. No, el amor es creciente, tiende al infinito. Han pasado los días del platonismo, de los trovadores a la usanza medieval, y hoy los miramos con sonrisa irónica. No entremos en detalle sobre si está bien despreciar o no valorar lo que otros hombres hicieran: no vamos a discutir ahora la tesis de que las modas cambian y los tiempos, según se dice, adelantan: sólo queremos decir, queremos proclamar, sin tener que ocultarnos de caras burlonas, que el amor es de miras elevadas, de sanos intereses, de aspiraciones supremas y lícitas. Y lo contrario o no es amor o es un hijo suyo, sí, pero degenerado.

Revalorizar el amor. Por ahí se están tildando de «humanos» multitud de libros, películas, cuyos asuntos son una prueba de a qué punto llegan los hombres, cuando dejan de ser hombres. Y, con honrosas excepciones de algunos que atienden lo que es humano y lo que es antihumano, se tachan con este calificativo todas las farsas y las tragedias inmorales, y parece que se quiere decir que la pureza, la honradez, la virtud, no son propias del hombre. Y todo es humano, y todo para que tenga éxito debe ser «humano». En nombre de la Humanidad podemos darnos las gracias

Revalorizar el amor. No sabemos si aún aparecerá un día un sistema doctrinal con este lema. No es necesario porque hoy y siempre nos lo ha brindado la Iglesia Esto, no es negar ni desconocer el pecado original, no es forjarse utopías sobre la naturaleza humana: es una verdad por todos conocida, mas no por todos practicada. He ahí, porque en este cuadro de odios y de indiferencias, consideramos la Acción Católica como un medio para desarrollar este amor que a todos debe unirnos. Bendita sea la amistad que allana los obstáculos y se adentra en los corazones; la que trae la paz y da frutos que nacen en la tierra y pueden llegar hasta el cielo.

Bien meditaría San Juan el alcance de sus palabras «Hijos míos, *solo* os pido que os améis los unos a los otros». Sólo pedía esto el Apóstol. ¿Qué pediría hoy ante los hombres que se matan, se desprecian o, cuando menos, se abandonan los unos a los otros? Imposible dudarlo, nos diría exactamente lo mismo